



Miembros de la organización ultraderechista CasaPound, con máscaras con la bandera italiana durante una protesta en Roma. YARA NARDI / REUTERS

# Fascismo del 'tercer milenio'

● El colectivo de ultraderecha que más crece en Europa defiende el cierre de fronteras y la deportación de inmigrantes de Italia ● Aboga por las ideas de Mussolini y nutre sus filas de jóvenes de 16 a 30 años

**MÓNICA BERNABÉ ROMA**  
Todas las tiendas de la vía romana Napoleone III están regentadas por chinos y la mayoría de sus vian-  
dantes son también extranjeros. Y justo ahí, en esa calle, tiene la sede CasaPound, un grupo fascista italiano que defiende el cierre de las fronteras y que se devuelve a los inmigrantes a sus países de origen.

CasaPound tiene un centenar de sedes en toda Italia, y 25 las abrió tan sólo durante el año pa-

sado. Algunas, en localidades de especial concentración de inmigrantes, como Udine o Gorizia, cerca de la frontera con Eslovenia. Es el colectivo europeo de ultraderecha que se está extendiendo con mayor rapidez.

La sede de CasaPound en Roma es un gigante de seis plantas que sus militantes ocuparon en 2003 y se han apropiado desde entonces. Una bandera con su logo preside la fachada. En el interfono hay sólo

un timbre, así que es difícil equivocarse. Un joven asoma la cabeza desde una ventana del primer piso para comprobar quién es antes de abrir la puerta.

El vicepresidente de CasaPound, Simone di Stefano, recibe a EL MUNDO en una sala de conferencias llena de carteles revolucionarios y asegura que ellos son «fascistas del tercer milenio». O sea, defienden las ideas de Mussolini, aunque reconocen que en el pasa-

do se cometieron «errores».

«Que haya o no inmigrantes en una localidad no es determinante para que nosotros decidamos abrir una sede», afirma Di Stefano. Según dice, aquello que hace decantar la balanza es la demanda de los jóvenes. «Para ellos, nosotros somos su única esperanza», asegura convencido. De hecho, ésa es la fuerza de CasaPound, según el sociólogo Emanuele Toscano, que junto al investigador Daniele di

Nunzio publicó en 2011 el libro *Dentro y fuera de CasaPound*, tras hacer un seguimiento de sus militantes durante un año y medio. Es decir, los acólitos de CasaPound no son cuatro trasnochados nostálgicos del pasado, sino jovencitos de entre 16 y 30 años que apenas han visto un retrato de Mussolini.

«La música juega un papel crucial», argumenta Toscano. «CasaPound tiene un grupo, Zetazeroalfa, y utiliza códigos culturales e in-





definitiva, son canciones reivindicativas que encantarían a cualquier inconformista.

Pero CasaPound va mucho más allá. Es todo un entramado: tiene pubs, gimnasios, un club de motos, un grupo de protección civil, una emisora de radio, e incluso una ONG que antes trabajaba por una minoría en Birmania. «Los jóvenes empiezan a servir birras en el pub, después van a la radio... Poco a poco se van implicando», resume Toscano.

Así CasaPound ha construido su red. Ha ocupado el vacío dejado por los antiguos centros sociales. Eso unido al hecho de que ha roto esquemas. Por ejemplo, con la ocupación de casas, algo normalmente vinculado a colectivos de izquierda. Pero eso sí, las casas que ha ocupado han sido siempre para familias italianas. Ni una extranjera.

«En este edificio viven 18 familias», afirma el vicepresidente de CasaPound en referencia a la sede de la asociación en Roma. «La mitad son nuestras familias, y las otras, personas que no tenían dónde vivir», detalla. Según asegura, las propias familias necesitadas recurren a ellos. «El fascismo en Italia no es un obstáculo para la gente como en el resto de Europa. Aquí todo el mundo sabe que, por ejemplo, el sistema de pensiones fue creado por Mussolini. Hay una buena concepción del fascismo, se vincula a obra pública y Estado social», declara.

Se trata de verlo todo a su manera. «Un fascismo a la carta», como dice Toscano. «Cojo sólo los aspectos del fascismo que me interesan, y los otros, hago como si no existieran». Otro ejemplo: CasaPound no quiere a un solo inmigrante en Italia, excepto a los chinos, justo a quienes tienen de vecinos de su sede en Roma. Su vicepresidente justifica el porqué: «Los chinos no intentan integrarse. Mantienen su identidad, desarrollan su economía y no se sienten ciudadanos de clase B».

CasaPound se identifica en la actualidad con el partido de la Liga Norte, de Matteo Salvini, aunque lo considera demasiado «moderado» en algunos aspectos porque se acerca demasiado a la «ideología de centroderecha de Berlusconi», según declara Di Stefano. Aun así, el grupo fascista también tiene su propia formación política, Sobranità, con representantes en algún Ayuntamiento.

El sociólogo coautor de *Dentro y fuera de CasaPound* considera que este colectivo es mucho más peligroso que grupos de ultraderecha más violentos. «Esos grupos son minoritarios. CasaPound es una mancha de aceite cada vez más grande», advierte. En su opinión, la solución no es ilegalizar CasaPound, sino crear alternativas políticas que atraigan a los jóvenes.

cluso la misma música que la izquierda», sigue relatando el sociólogo. «Muchos jóvenes van a sus conciertos no porque sean fascistas, sino porque simplemente les gusta el ambiente», añade.

Las letras de las canciones de Zetaze-roalfa podrían gustar a cualquiera. Por ejemplo, el estribillo de su conocida canción *Amor desesperado* dice así: «Te sientes solo en este camino, pero no hay noche sin mañana, ¡porque luchar es un destino!». O su canción *Kryptonite*, con un ritmo pegadizo que haría bailar al más apático, habla así de la propaganda política: «Somos aquellos que encontramos demente tu continua propaganda de mierda». En



S. di Stefano. M. B.



Fieles musulmanes rezan en el interior de la mezquita de Roma. MÓNICA BERNABÉ

## Una gran mezquita en el corazón del catolicismo

Riad financia el mayor templo de Europa «para dignificar al islam»

MÓNICA BERNABÉ ROMA

A pesar de que los países de la UE con mayor número de musulmanes son Francia, Alemania y Gran Bretaña, la mezquita más grande de Europa se encuentra en Italia y, en concreto, en Roma, sede del Vaticano. «Se trató de un cúmulo de circunstancias. El Ayuntamiento nos cedió un terreno inmenso y decidimos aprovecharlo al máximo», explica Abdellah Redouane, secretario general del Centro Islámico Cultural de Italia, organización que gestiona la mezquita desde su inauguración en 1995.

Sin embargo, Yahya Pallavicini, vicepresidente de la Comunidad Religiosa Islámica de Italia, tiene otra versión: «El antiguo rey Faisal de Arabia Saudí quería financiar la construcción de mezquitas en Londres, París, Madrid, Ginebra, Berlín y Roma para dar servicio a los musulmanes en los países europeos», empieza relatando. «Y simbólicamente quiso que se edificara la mezquita más grande en Roma para dar dignidad al islam en un país tan católico como Italia», añade. Aunque aclara: «No se trataba de competir con el catolicismo, sino de dignificar a los musulmanes».

La mezquita se encuentra en el noroeste de Roma y es fácil llegar hasta allí en transporte público. Los viernes a mediodía tan sólo hay que seguir a decenas de jóvenes que se bajan en la parada de tren Campi Sportivi, que se llama así porque la mezquita se encuentra a unos cen-

tenares de metros de un campo de fútbol. El lugar de culto lo presiden enormes escalinatas y se extiende en una superficie de 30.000 metros cuadrados, pero arquitectónicamente no es nada del otro mundo. Eso sí, un minarete y una media luna de acero se alzan imponentes.

«La construcción de la mezquita costó casi 50 millones de dólares», detalla Redouane. O sea, unos 38 millones de euros. Arabia Saudí fue su principal financiador, y en la actualidad continúa contribuyendo a su mantenimiento. «Un consejo de administración marca las directrices a seguir en la mezquita. Ese consejo tiene 15 miembros: ocho son embajadores de diferentes países islámicos, y los otros siete son escogidos por una asamblea general que se reúne al menos una vez al año», continúa.

Los ocho países que constituyen

el consejo de administración son Arabia Saudí, Egipto, Marruecos, Indonesia, Malasia, Emiratos, Senegal y Pakistán. Y lógicamente la condición *sine qua non* para formar parte de dicho consejo es ayudar a sufragar las facturas del lugar de culto, especifica Redouane. Pero deja claro algo más: «En la ceremonia para poner la primera piedra de la mezquita, estuvo presente el entonces presidente italiano Sandro Pertini, y a la inauguración también asistió el presidente Luigi Scalfaro. Digo esto porque esta mezquita siempre ha contado con el reconocimiento institucional de las más altas autoridades de Italia».

En la oración del viernes los fieles apenas ocupaban la mitad del lugar de culto. La mezquita es muy grande, pero los fieles, pocos. El vicepresidente de la Comunidad Religiosa Islámica calcula que hay un millón y medio de musulmanes en toda Italia. Otras fuentes aumentan esta cifra a poco más de dos millones en un país de unos sesenta millones de habitantes. La mayoría son marroquíes, seguidos de albaneses, senegaleses y egipcios.

«La comunidad islámica es sensible a la presencia del Papa en Roma y eso, sin duda, puede favorecer el diálogo interreligioso», opina Pallavicini, que precisamente se encarga de ese diálogo dentro de la mezquita y que lamenta que nunca ningún Papa ha visitado el lugar de culto islámico en Roma. Pero espera que al menos Francisco lo haga.

«La comunidad islámica es sensible a la presencia del Papa en Roma»

Un millón y medio de musulmanes viven en Italia, que tiene una población de 60